

JENOFONTE Y LA REIVINDICACIÓN DE LA CABALLERÍA ATENIENSE

CAROLINA OLIVARES CHÁVEZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

En esta exposición me propongo demostrar que en el *Hiparco*, tratado hípico-militar escrito hacia el 357 a. C., ante la amenaza de que Beocia invadiera Atenas, Jenofonte deja entrever que la misión del jefe de la caballería no se limita a formar buenos combatientes, sino también le compete formar hombres virtuosos. Por eso el autor trata de fomentar en los soldados de caballería el hábito de actuar correctamente y observar el mejor comportamiento posible tanto en el campo de batalla como en la vida cotidiana, pues sólo así llegarán a ser excelentes caballeros y lograrán reivindicarse con el pueblo ateniense, quien los veía con mucho recelo. Con el fin de lograr mi objetivo, dividiré mi exposición en dos partes.

I. ALGUNOS PREJUICIOS EN CONTRA DE LA CABALLERÍA ATENIENSE

A lo largo de su existencia, la fuerza de caballería fue objeto de varios prejuicios, algunos no tuvieron mayor repercusión en la actitud de los demás ciudadanos hacia ella y pronto fueron olvidados; pero otros se mantuvieron vigentes y fomentaron tanto la animadversión del *demos* como el desinterés de los caballeros por pertenecer a dicha corporación. En seguida me ocuparé de los prejuicios más relevantes.

1. *Filiación aristocrática*. El cuerpo ecuestre era la única institución militar con una filiación específica (cf. Daremberg, et Saglio, t. II, 1969, 764), ya que sus soldados provenían de las dos primeras clases sociales; en consecuencia, pertenecían a la aristocracia.

2. *El caballo como símbolo de riqueza.* A grandes rasgos, este noble animal era visto como emblema de riqueza, de estatus y de poder.¹ Esta idea se acentuó debido a la frecuente aparición pública de los caballeros, tanto solos como en grupo. Dicha opinión estaba tan difundida que incluso el género dramático la refleja: mientras la tragedia enfatiza la riqueza, el poder y la nobleza de sus personajes; la comedia pone en escena a los *hippeis* y se mofa de ellos. Para la mayoría del *demos* eran simplemente “los ricos”, a quienes varios envidiaban (cf. Spence, 1993, 206) no tanto por la posesión de caballos en sí, sino por los recursos económicos que esto implicaba.

3. *Jóvenes arrogantes.* Durante mucho tiempo, en especial durante el período clásico, la imagen que se tenía de la caballería ateniense correspondía al joven de veinte o treinta años. Si bien esto resultaba lógico al pensar que por su habilidad, su vigor y su resistencia era el elemento más indicado para montar sin necesidad de estribos (cf. Bugh, 1988, 32),² su comportamiento impetuoso y desenfadado a menudo iba acompañado de la arrogancia.

4. *Tendencia filoespartana.* Por lo que respecta a sus opiniones, éstas no pasaban inadvertidas; sino que los caballeros las propagaban abiertamente: a través de su indumentaria, sus gustos y sus hábitos, les agradaba mostrar su simpatía hacia la aristocracia espartana, eterna rival de Atenas (cf. Daremberg, et Saglio, t. II, 1969, 764).³

¹ En Grecia, tener un caballo era un signo evidente de riqueza y, por ende, pertenecer a la caballería era una distinción social, incluso en los lugares más propicios para la cría caballar, como Tesalia, Beocia o Campania (cf. Vernant, 2000, 83). Ver también Spence, 1993, 180, 183-184, 193 y 198. La misma idea se encuentra en Scarcella, 1975, 201.

² Este autor afirma que en la época de Solón la caballería numéricamente era dominada por jóvenes.

³ Sobre la apariencia de los espartanos, Jenofonte dice que Licurgo les permitió usar un vestido rojo púrpura, pues creía que difería mucho de la vestimenta femenina y era más adecuado para la guerra. De igual modo, portaban un escudo de bronce, al que rápido le salía brillo y tardaba mucho en mancharse. Los dejó llevar el cabello largo, porque pensaba que así parecían más altos, distinguidos y terribles (cf. Xen., *Lac.*, XI, 4).

5. *Actitud antidemocrática*. En cuanto a la política interna, los muchachos acaudalados tampoco ocultaban sus afinidades oligárquicas; por eso, aunque los jóvenes caballeros obedecían a sus comandantes —fueran democráticos u oligárquicos—, si se les presentaba la oportunidad, preferían la oligarquía (cf. Bugh, 1988, 124). Baste mencionar que los caballeros participaron en todas las tentativas cuyo objeto era el derrocamiento de la democracia: estuvieron inmiscuidos en el golpe de estado de los Cuatrocientos; más tarde, cuando Atenas se liberó de los Treinta, fueron los partidarios más devotos de los tiranos; intervinieron en los actos más abominables, como la masacre de los habitantes de Eleusis y de Salamina, y hasta el último momento se mostraron como los más fieles defensores de este régimen (cf. Daremberg, et Saglio, t. II, 1969, 764, y Spence, 1993, xix). Después de todo esto, los atenienses los miraban con gran desconfianza.

6. *Caballeros versus hoplitas*. Éste es el aspecto que más me interesa. Sin duda, la dominación del pensamiento militar por el *ethos* hoplita y el peso de la tradición fueron determinantes para el menosprecio hacia la caballería;⁴ pues, en general, se pensaba que el único valor verdadero era el del soldado de infantería. Desde mi punto de vista, Lloyd-Jones resume muy bien la mentalidad que en torno a la milicia imperaba en aquellos días, cuando dice:

La época clásica tuvo como arma aristocrática a la caballería, sólo accesible a quienes eran lo bastante ricos para mantener caballos, y si esta arma alcanzó un prestigio social considerable, no tuvo gran importancia en las luchas de la metrópoli, donde nunca logró por sí sola decidir la suerte de una batalla... (mientras) los hoplitas fueron “un ejército de la clase media” (Lloyd-Jones, 1974, 48).

⁴ Cabe destacar que esta forma de pensar se prolongó hasta el s. IV a. C. (cf. Spence, 1993, xix, 170-171).

A partir de este comentario se puede constatar que quienes en verdad gozaban de gran aceptación social eran los hoplitas,⁵ pues ellos corrían mayor peligro durante los enfrentamientos y tenían más oportunidades de demostrar su valor y así adquirir honores. Se les admiraba porque combatían cuerpo a cuerpo contra los enemigos, en filas cerradas, y permanecían firmes en su sitio, pues sabían perfectamente que la falla de uno atraía la desgracia para todos sus camaradas; mientras el jinete, a menos que enfrentara a una caballería enemiga, podía acercarse a las líneas contrarias, lanzar su jabalina, regresar y galopar para salvarse. Por lo común se creía que dicha actitud, en vez de ser estratégica, manifestaba su cobardía y egoísmo (cf. Bugh, 1988, 37).

Otra diferencia importante consistía en que el hoplita luchaba a pie y confiaba en su propio vigor y en la lealtad de sus compañeros; por el contrario, como dice Salomone:

[...] el caballero y su caballo formaban un *unicum* autónomo y en cierta medida autosuficiente, eran la expresión repulsiva y antipática del individualismo, un signo de riqueza, un medio de (relativa) tranquilidad en el campo. Es más, el caballo era la protección del rico que se lo podía permitir, una seguridad garantizada por el censo y no por el coraje y por el entendimiento con el vecino que combate espalda con espalda, escudo con escudo, lado a lado (Salomone, 1986, 204).⁶

II. JENOFONTE Y SUS PROPUESTAS PARA REIVINDICAR A LA CABALLERÍA

Para la segunda parte me centraré en la supuesta antítesis entre los hoplitas y los caballeros.

Antes de continuar, conviene advertir que las secuelas del desprestigio social en el que se encontraba inmersa la caballería se prolongaron hasta la época en que Jenofonte redacta su obra (mediados del s. IV a. C.); consciente de esto, en su

⁵ Viene al caso la atinada observación de Bugh según la cual el hecho de pensar que quien realizaba su servicio militar en la caballería tenía garantizado el honor y la gloria es producto de la imagen del caballero medieval (cf. Bugh, 1988, 37).

⁶ En general, Vernant apoya este comentario (cf. 2000, 77-78).

escrito realiza varias observaciones que equiparan el comportamiento que deben asumir los caballeros con aquél de los hoplitas. Entre ellas están:

* *Mantener el orden.* El autor recomienda que, una vez que se les asigne a los caballeros su lugar dentro de la formación, tienen que permanecer firmes en él (cf. Xen., *Hipparch.*, II, 8); ya que, si son desordenados, sólo se estorban unos a otros (cf. II, 8-9, y III, 7). Añade que deben procurar conservar su sitio, porque si unos van delante y otros se quedan rezagados, serían presa fácil para el enemigo (cf. VII, 9-10).⁷ Agrega que el hiparco tiene que asignarles de antemano su posición de combate, a fin de que estén mejor dispuestos para luchar, sabiendo lo que les espera (cf. II, 7-8).

* *Deben ser obedientes y disciplinados.* Desde mi punto de vista, Jenofonte no pretende que los soldados acaten ciegamente las leyes o las reglas, sino que lo hagan por convicción propia. Por principio de cuentas, los *hippeis* tienen que ser obedientes, porque en caso contrario vuelven inútiles a los caballos excelentes y a las armas gloriosas (cf. *Hipparch.*, I, 7 y 24).⁸ También deben ser disciplinados (cf. I, 24).⁹

* *Deben desear la victoria* (φιλονεικία). Para lograrlo, el autor sugiere que se otorguen premios a los escuadrones que, durante los espectáculos ecuestres, se destaquen por sus magníficas actuaciones (cf. I, 26).¹⁰ En mi opinión esta virtud, lejos de ser individualista, contribuye a fomentar un espíritu de cuerpo; porque las victorias se logran como parte del escuadrón o como parte del regimiento completo, no a título personal.

⁷ Ver también Xen., *An.*, III, 4, 19-23, en este pasaje especifica que cuando impera el desorden entre las filas son más vulnerables ante el enemigo.

⁸ Ver de igual manera Xen., *Mem.*, III, 3, 8, allí Sócrates comenta que por muy buenos y valientes que sean los *hippeis*, sin la obediencia no sirven de nada.

⁹ Esto se explica porque a menudo el hiparco tenía que lidiar con jóvenes aristócratas que no disimulaban su posición y su desprecio por el gobierno de su patria; Jenofonte da testimonio de su indisciplina. Pone especial énfasis en la disciplina, ya que supone salvación; mientras la indisciplina ya ha perdido a muchos (cf. Xen., *An.*, III, 1, 38). Cabe destacar que no era tarea fácil lograr que los caballeros acataran los reglamentos (cf. Daremberg, et Saglio, t. II, 1969, 763).

¹⁰ Considero que es una forma astuta de hacer que los soldados entrenen mucho más y con una mejor disposición, resulta más efectivo que imponerles mayor cantidad de ejercicio.

* *Deben tener amor a las fatigas o al esfuerzo* (filoponiζa). En específico, Jenofonte comenta que tienen que ejercitarse en la marcha, de modo que puedan sobrellevar arduos trabajos militares (cf. Xen., *Hipparch.*, VIII, 2).

* *Deben ser prudentes* (froζnimoi). En efecto, una virtud imprescindible, vital para los *hippeis*, es la prudencia (cf. II, 3); porque a menudo se encuentran en grave peligro y en tal situación es más fácil dejarse llevar por los impulsos y la desesperación.

Sin embargo, aparte de encontrarse bien adiestrados en las acciones bélicas y de gozar de buena condición física, los jinetes tienen que desarrollar y practicar valores éticos como los siguientes:

* *Deben ser respetuosos de la ley*. Al mencionar que —para que realicen su servicio militar— el hiparco tiene que persuadir a como dé lugar a los ciudadanos aptos para la fuerza ecuestre o incluso debe llevarlos a juicio (cf. I, 9-10), es evidente que muchos hacían caso omiso de la ley; por eso, una cualidad imprescindible para el soldado debe ser el acatar las normas y cumplir así con sus responsabilidades cívico-militares.

* *Deben desear honores* (filotimiζa). Según el autor, se ejercitarán lo más posible al saber que combaten por su patria, por la fama y por su propia vida.¹¹

* *Paralelo hoplita-caballero*. Desde mi perspectiva, Jenofonte es categórico al referirse a la estrecha colaboración que debe existir entre todos los integrantes del ejército ecuestre, sin distinción de grados militares ni de estrato social (cf. Xen., *Hipparch.*, II, 9),¹² y destaca que no sólo hay que buscar el éxito o la fama

¹¹ Cf. idem: periζ te th=j po/lewj kaii periì eu)kleiζaj kaii periì th=j yuxh=j. Una vez consciente de esto, cada soldado se esforzará por ser el primero, el mejor en la guerra y su premio será la *fama*; mas la actitud contraria trae aparejado el deshonor. Por lo tanto, fracaso o éxito condicionan la fama o el deshonor (cf. Rodríguez Adrados, 1966, 40).

¹² Aunque al inicio la caballería estaba integrada por los ciudadanos más ricos, con el paso del tiempo y la crisis político-social, se tuvo que aceptar la incorporación de elementos menos acaudalados.

personal, sino que se tiene que buscar la del regimiento completo (cf. I, 21).¹³ En este mismo tenor observa que, si cada soldado del grupo de diez elige al compañero que va inmediatamente detrás suyo, sería lógico que cada uno tuviera un soldado de retaguardia en quien sin duda confiaría (cf. II, 4). Aunque dichas puntualizaciones sugieren ya un sentimiento de unidad y compañerismo, hay una sentencia que me parece fundamental para demostrar que caballeros y soldados de infantería en realidad se encuentran en igualdad de condiciones, pues tendrían mejor disposición para combatir, al saber que “es vergonzoso abandonar su posición de combate” (cf. II, 8).¹⁴ Esto evoca la conducta de los hoplitas, quienes se mantenían firmes en sus lugares y fieles unos con otros; mientras era opinión generalizada que los caballeros sólo confiaban en sí mismos y en sus caballos, sus maniobras eran furtivas y nada más tomaban en cuenta su salvación individual.

Jenofonte establece otro claro paralelismo entre los *hippeis* y los soldados de infantería, ante el supuesto de que tengan que actuar conjuntamente para evitar una invasión a Atenas; ya que “con la ayuda divina los jinetes también serán mejores si alguien cuida de esto como se debe, y los hoplitas no serán inferiores al tener ciertamente cuerpos más fuertes y espíritus más amantes de los honores, si se ejercitan correctamente con la ayuda divina” (cf. *Hipparch.*, VII, 3). De lo anterior se deduce que ambas fuerzas armadas estarán a la altura de las circunstancias tanto en lo concerniente a su preparación militar como en los ideales que los animen a combatir: el deseo de salvaguardar a su patria y de verla colmada de gloria.

¹³ Tanto los caudillos como la masa tendían a actitudes individualistas, por consiguiente, no estaban en condiciones espirituales ni materiales de dominar las dificultades que la guerra entrañaba (cf. Jaeger, I, 1953, 414).

¹⁴ Ver también Xen., *An.*, VI, 5, 17, allí dice que “retroceder ante los enemigos a nadie parece honroso”. Según esto, la relación entre compañeros, entre soldados formados flanco a flanco, se basa propiamente en la confianza recíproca y en el respeto (cf. Salomone, 1986, 199).

Por ende, comparto la opinión de Salomone, de acuerdo con la cual:

[...] la caballería se podía volver el arma más fuerte, porque más técnicamente preparada y adiestrada, se podía hacer de ella... el símbolo del premio que le toca no al más rico, sino al más hábil. Esto es lo que quiere Jenofonte, quien ve a esta arma como la más cara gratificación para quien, oponiendo su competencia al diletantismo esparcido en su tiempo, podía parar la caída de Atenas. Para él, la incolumidad se basa en una acción común, en una colaboración colectiva del tipo de la infantería... La novedad de la utilización táctica logra el doble fin de una mayor eficacia en el uso y una nueva simpatía hacia una caballería renovada, la caballería de la colectividad adiestrada y experta (Salomone, 1986, 204).

En suma, encuentro que, por sus vivencias como soldado de caballería, Jenofonte está seguro de que para lograr una transformación a fondo del cuerpo ecuestre no basta con que los hombres y los caballos se encuentren bien entrenados física y militarmente, sino que esto tiene que ir acompañado de la renovación moral de los *hippeis* que los motive a luchar con denuedo y a esforzarse al máximo por defender y enaltecer a su patria. No obstante, esto también lleva implícita una nueva actitud como grupo; pues es urgente que desarrollen un espíritu de cuerpo; pero no como aquel que tantas suspicacias originó contra ellos, debido a que los identificaban exclusivamente como los arrogantes aristócratas, pro oligarcas. Ahora su espíritu de cuerpo debe hacer que los identifiquen por su buena disposición hacia Atenas y por su colaboración con las demás fuerzas armadas para cumplir su misión. Gracias a esta nueva mentalidad el soldado de caballería sentirá como propias las victorias o derrotas del regimiento y ello lo animará a sacrificarse en aras del bien común tanto de su corporación como de su *pólis*, a sabiendas de que él y sus compañeros deben prestarse ayuda mutua,¹⁵ porque lo que le ocurre a uno le ocurre a todos, con tal de que la infamia y el deshonor no

¹⁵ En lo personal, considero que el espíritu de cuerpo desarrolla en los soldados el entusiasmo, la tolerancia, la benevolencia, la armonía, al mismo tiempo que fomenta el interés por la dignidad común; por eso procura el realce del regimiento entero, no de unos cuantos individuos.

caigan sobre el ejército ecuestre ni, mucho menos, impida la realización de su objetivo primordial: velar por la salvación de Atenas.

BIBLIOGRAFÍA

Textos de Jenofonte

JENOFONTE (1991), *Anábasis*. Con introducción de Carlos García Gual, traducción y notas de Ramón Bach Pellicer, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 52), 308 pp.

_____ (1984), *Obras menores (Hierón, Agesilao, La República de los lacedemonios, Los ingresos públicos, El jefe de la caballería, De la equitación, De la caza)*. Pseudo Jenofonte, *La República de los atenienses*. Con introducciones, traducciones y notas de Orlando Guntiñas Tuñón, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 75), 318 pp.

_____ (1999), *Socráticas. Economía. Ciropedia*. Con estudio preliminar de David García Bacca, México, CONACULTA-OCÉANO, 490 pp.

SENOFONTE (2001), *Ipparchico. Manuale per il comandante di cavalleria*. Con introducción, traducción y notas de Corrado Petrocelli, appendice de P. G. Joly de Maizeroy. Quadro generale della cavalleria greca, Bari, Edipuglia (Quaderni di "Invigilata lucernis", 14), XXXVI + 220 pp.

XÉNOPHON (1973), *Le commandant de la cavalerie*. Texte établi et traduit par Édouard Delebecque, Paris, Société d'Édition "Les Belles Letres", 114 pp.

Fuentes modernas

BUGH, Glenn Richard (1988), *The Horsemen of Athens*. Con cuatro apéndices y un catálogo, Princeton, Princeton University Press, 272 pp.

DAREMBERG, Mm. Ch., et Edm. SAGLIO (1969), *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, t. II. Première partie (D-E), Austria, Akademische Druck-U. Verlagsanstalt, 946 pp.

JAEGER, Werner (1953, 2a. edición española), *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, I. Versión española de Joaquín Xirau, México, Fondo de Cultura Económica, 454 pp.

LLOYD-JONES, Hugh (ed.) (1974), *Los griegos*. Versión española de J. C. Cayol de Bethencourt, Madrid, Gredos, 336 pp.

- OLIVARES CHÁVEZ, Carolina (2005), *Ética y milicia en Acerca del Hiparco de Jenofonte*. Tesis de maestría con estudio, traducción y notas, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 324 pp.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco (1966), *Ilustración y política en la Grecia Clásica*, Madrid, Revista de Occidente, 590 pp.
- SALOMONE, Serena (1986), "Letteratura, tradizione e novità tattico-strategique nello *Hipparchikos* di Senofonte", *Maia. Rivista di letterature classiche*, nuova serie/fascicolo III, anno XXXVIII, settembre-dicembre, pp. 197-205.
- SCARCELLA, Antonio M. (1975), *La letteratura della Grecia Antica. II. L'età attica*, Roma, Angelo Signorelli Editore, 314 pp.
- SPENCE, I. G. (1993), *The cavalry of Classical Greece. A social and Military History with Particular Reference to Athens*. Con 6 apéndices, Oxford, Clarendon Press, 346 pp.
- VERNANT, Jean-Pierre, y otros (2000), *El hombre griego*, Madrid, Alianza Editorial, 340 pp.